

## Vocación profesional, frustración y militancia

Luis Capilla

Miembro del Instituto E. Mounier y de Acción Cultural Cristiana

**E**n los movimientos apostólicos obreros, al tema de la vocación profesional, se le daba una singular importancia. Se entendía por vocación una llamada, sentida en lo más íntimo, hacia un determinado quehacer, hacia una determinada manera de ser. Sólo el hombre —se decía— puede tener vocación, porque Dios ya es todo lo que tiene que ser, y los astros, los seres inorgánicos, las plantas y los animales al carecer de ser consciente e histórico ya son, en su limitación, cuanto tienen que ser.

La persona, por el contrario es congénitamente vocación. Uno puede frustrar su vocación y eludirla; o la sociedad se la puede estorbar o imposibilitarla; pero la vocación ahí está, como está la libertad. La vida de cada persona es un proyecto concreto que debe realizar uno mismo actuando sobre su entorno social.

Pero también el entorno social actúa sobre la persona para sugerir, potenciar, interferir o frustrar su vocación. Cada uno es responsable de su vocación, que le exige esfuerzo, valor y dedicación. Lamentablemente, muchas vocaciones se pierden por causas interiores a la propia persona. La pereza, la cobardía, el descuido o la aversión al sacrificio son algunos de los déficits de carácter que pueden echarla a perder. Tal ocurre con el artista que lo fia todo al genio pero no cuida y perfecciona la técnica. Si Louis Pasteur o Madame Curie no hubiesen tenido la fortaleza de carácter que demostraron, su genialidad se habría perdido.

Otras veces los obstáculos los ponen el siste-

ma educativo, el mercado laboral, la burocracia estatal, etc. Es el caso de muchos médicos, ingenieros, investigadores, etc., formados en países del Tercer Mundo que tienen que elegir entre la fuga de cerebros a las universidades del Norte, lejos de su país, o el abandono fáctico de su profesión sin posibilidad de mantenerse al día en los avances de su disciplina. Es imposible hacer un cálculo de cuántas vocaciones se frustran a causa de los impedimentos que pone el medio social, pero probablemente sean más de las que se realizan.

Un primer obstáculo que el ambiente social interpone, y que hay que denunciar, es la desviación de la orientación vocacional de muchas personas por medio del reconocimiento formal del que la sociedad rodea a las diferentes profesiones. Es muy frecuente confundir la vocación profesional con el gusto por una determinada carrera u oficio, cuando, en realidad, se trata de dos cosas muy diferentes. Cuando muchos aspiran a una carrera o profesión determinada, a lo que aspiran, en realidad es a un título y a los privilegios que éste les puede otorgar; pero lo que perfecciona el ser no es el título sino el hacer. La ingenuidad del niño que quiere ser obispo es la misma del joven que se cree con vocación de doctor en informática. La vocación no es al título, sino a la ocupación. Por eso no existe vocación de ingeniero, ni de médico. Existe, en cambio, la vocación para ocuparse de trabajos de mecánica o electricidad, o la de curar enfermedades.

## Frustración y subversión

Cuando una persona ha podido seguir su vocación profesional tiene la sensación de ser libre. Todo lo contrario ocurre cuando uno cae en una ocupación impuesta por la necesidad. Esta ocupación gravita sobre su existencia, triturándola. Para éste sí que la ocupación es «trabajo», voz que deriva de «trepalitum» que significa tormento atroz.

En realidad, el hombre imposibilitado para seguir su propia vocación es un condenado a trabajos forzados a perpetuidad, que es la pena siguiente en gravedad a la pena de muerte, la denominada «cadena perpetua». Y... no ha cometido delito alguno. No es de extrañar el complejo de evasión que tienen muchas personas en el trabajo, pues aunque no se den cuenta se encuentran encarcelados.

Existe una clara correlación entre la vida moral y el trabajo... el desenfreno sexual, la ambición de la ganancia, los pocos escrúpulos —a mí me explotarán en el sueldo, pero en el trabajo, no—, etc., etc. Pasteur, Mozart, y otros, careciendo a veces de lo más indispensable para la vida se encontraban muy a gusto entre sus libros y enfermos o construyendo sinfonías completas o incompletas.

El hombre cuya vocación ha sido frustrada puede derivar en inconsciencia o en amargura. Y cuando la amargura se convierte en resentimiento se está en el umbral de convertirse en un subversivo. Que consiste —dicha subversión— en no luchar por algo, sino contra algo... fundamentalmente contra la sociedad a la que ve como la causa de la desgracia que le ocurre.

Ya no se tratará de transformar la sociedad en la que vive para que permita una vida en la que cada uno pueda realizar una obra propia y una existencia satisfactoria. Más bien se procura destruir esa sociedad en la que no se puede realizar el proyecto propio, a veces de forma inconsciente. No hay que buscar bandas o grupos organizados y separados del resto de la sociedad, el subversivo abunda en todos los ámbitos de la vida social, en la escuela, en las fábricas, en las oficinas públicas. Se manifiesta en el abandono de las responsabilidades propias, en el absentismo, en la chapuza, en el fraude, etc.

## Sublimación

La vocación no realizada puede tener dos salidas: la frustración, y la sublimación, pero para ésta hay que orientarla. La primera salida es un modo de desesperanza y fatalismo, la segunda una forma madura de afrontar los reveses de la vida y de esperanza superadora de su negatividad.

Se trata, en este caso, de encauzar la energía generada por la vocación frustrada. Y encauzar esa energía es alojarla en un cauce que la lleve a donde pueda ser útil. Sin duda alguna ese cauce es la vocación militante. Esta vocación puede ser política, sindical económica, cultural y, ¿por qué no?, apostólica. Y podrá discurrir por dicho cauce el torrente de aspiraciones, de afanes y deseos que deja insatisfechos la inauténtica vocación profesional; serán absorbidos y redimidos por la lucha a favor de un mundo más humano y más justo.

En virtud de esta nueva y asombrosa vocación, la persona encuentra sentido a la vida y a la vocación profesional que no se ha podido realizar —porque un mundo materialista deja en la cuneta de la frustración a ingentes cantidades de personas—; queda sumergida en un cauce mucho más amplio que es el de la vocación militante.

Y a través de ella, enfrentándose con el sistema, también aporta esperanza a los desheredados. Porque «un sistema que fabrica hambrientos en serie, miserables en serie», desvocacionados en serie, «debe ser enérgicamente combatido y reemplazado» y, eso, en la medida en que se vaya haciendo realidad, será una buena noticia para aquéllos.

Para marchar en esa dirección, hay que tener un esbozo de sociedad que oponer al existente, una utopía directriz que inspire una militancia que, día a día, haga realidad lo que hoy nos puede parecer imposible. La sociedad tendrá siempre tareas necesarias para la cual no existen vocaciones: ¿quién tiene vocación «profesional» para barrer las calles, limpiar las cloacas, etc.? Son cosas que deberíamos hacer todos para que otros se puedan liberar para realizarse vocacionalmente.

Y así, es hermosa la vocación de pescador (de peces) pero es mucho más hermosa la de ser «pescadores de hombres». Hasta cuando se tiene la auténtica vocación profesional, también ésta debe de ser sacrificada, si llega el caso, a la vocación de militantes del Reino. Tal fue el caso de Mounier: «Ante todo es preciso sacrificar. A veces lo mejor. A los treinta años yo sacrifiqué la música: no me he repuesto todavía de la herida...».